Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 24 Article 23

1986

La señora; Fábula Félix; Canción del diverso tiempo

Jan Martinez

Citas recomendadas

Martinez, Jan (Otoño-Primavera 1986) "La señora; Fábula Félix; Canción del diverso tiempo," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 24, Article 23.
Available at: http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss24/23

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized administrator of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact mcaprio1@providence.edu.

JAN MARTINEZ

La señora

La señora crece en un país donde florecen a las tres las marrones dalias del té, relojes de números renacentistas dan campanadas que alteran las clásicas golondrinas que habitan entre sus piernas. La señora desayuna lonjas de aire y atrapa algodones en el frasco del cielo para curar las ardorosas emanaciones de la melancolía. Ella sabe que la adolescencia fue el lugar donde sus pechos compitieron con la dureza de los picos de las palomas y ante su boca palidecieron las cosas más rojas, allí las espigas y las palmeras y hasta los versos viejos y gastados hubiesen añorado tener por un momento la suavidad de rosa de la señora entre sus aliteraciones. Su geografía aún tiene lugares donde podría anidar la garra de un deseo. Bajo las ascesis de su ropa yace agazapado un pájaro de alas atardecidas y hasta un grito con un sueño a veces despereza en la mirada de la señora sus sílabas desgarradas.

En ella ha entrado el azul gastrópodo de la melancolía impregnándole el pecho de plásticas canciones de ensoñación. Los cuadros aburridos de sus mismos colores ven agarrarse como murciélagos de rosa viejo la desolación de sus marcos, y los peones del ajedrez de alabastro le cuentan a la señora del poco azar de sus vidas. Y es que la señora tiene una gramática donde el adjetivo antiguo saca sus olores y

ha visto salir en sus mejillas el ojillo malicioso de una arruga y ciertas líneas de humedad van diciéndole una sonata antigua a su cuello o engarzan como hilos de plata la tornasolada belleza de sus ojos.

La señora usa exóticas fragancias para cubrir las transparencias del viento y urga la piel de los aguacates, hace teorías sobre el coco y le teme a ciertas asperezas de marisco que le crecen en sus manos. Pero la señora es bella todavía y ya ha comenzado a trenzar rosadas historias donde un adolescente con olor a tiza y libreta la toma por el talle llevándola a los lares del gemido.

La señora danza y canta al son del Canon de Pachelbel mientras sus sueños buscan los enanitos del espejo donde ya atardece una hermosa mentira.

Fábula Félix

Félix vivía en un lugar mágico de mi misma calle y saberlo me estremecía porque Félix era un duende que iba a la escuela. Un duende que no sabía que estudiaba para fantasma.

En su casa aprendí que un diplodoco era un manjar en la boca de un tiranosaurio, que los pterodáctilos vuelan torpemente y que un dimetrodonte es una enorme lagartija con una cornisa de cristal. También aprendí que el Polo Norte se hacía de frambuesas en su nevera. Mientras sus dinosaurios rugían, luchaban y morían en las frías estepas de las marmóreas losetas de su cuarto, él hacía ruidos inverosímiles con aquella mirada de trilobite melancólico.

Llegué a entenderle y supe que era oscuro y que odiaba el patio de su casa, aquel lugar donde siempre bailaba una lombriz y una mariposa se hacía la sueca para que admirara su espléndida boutique de sueños. Pero él sólo amaba los gongolíes porque hacían un sonido de legumbre triste cuando caían bajo sus pies marciales y las hormigas porque eran de mentira, ya que nadie puede vivir con un corazón tan pequeñito. Decía que las cucarachas eran seres imprescindibles y que una paloma era siempre merecedora de una pedrada

Félix loco Félix. Vivía en una casa de bloques sin pintar gris y triste donde se consumían ensaladas de raras texturas y guisos tropicales de rosadas salsas. Félix era por temporadas un negro gato que aborrecía la luna, engullía lagartijas y ponía grandes ojos de asombro cuando las moscas azules detenían su tornasolada presencia en la humedad de las yautías del jardín. Entonces salía corriendo entre maullidos a disfrazarse de mentiras que muy de tarde nos hacían felices. Un día Félix no se encontró más. El retrato de su cartera le hizo burlas, sus dinosaurios se destiñeron en su piel de goma, la suave gema de la frambuesa le pesó en su paladar, caducaron sus actas de duende y ya ni siquiera le alegraba la mentira de la vainilla y se fue haciendo pequeñito y tierno hasta habitar los rosados barrios de la mentira y la fábula.

Canción del diverso tiempo

Cuando hablamos en la tarde
entre la fruta y el pájaro
bajo el árbol y el viento;
la tierra nos abre su casa
nos enciende una estrella la noche.
Y sabemos que es dulce
la oriental caricia de la mandarina
que es suave casimir casi
la carne blanca del corazón,
que es muy agria la astral inteligencia
de la naranja.
Conocemos cuándo es dorada la querencia
cómo en el verde de la rama
entre la espina y el azahar
muchas veces, el fruto
se hace ilusión.
Vivimos el claro magenta de un momento
en que nos ata la yerba
ni siquiera puede descifrarnos el viento,
la lluvia no intenta contarnos
y no hay espejo que nos sume
el rostro exacto de la dicha.

Nos entendemos.

El es más antiguo.
Yo una costumbre aprendida,
la precaria extensión de su esperanza
La mano — que él espera —
ha de fundar el alcázar de su sueño.
Porque a veces él sueña por mí.

Así en ocasiones, cuando me detengo a mirarlo
me entiendo hasta el gesto
y el ademán más inconsecuente
me llega desde él, a través del tiempo
como una seña impostergable.

Amo ese apellido, sus ramas
esa fuerte presencia de árbol
que en la tenue consonancia
de sus sílabas, desde un páramo lejano
tiende su sombra.
Y siento un profundo rumor,
el indestructible paso de algo enterrado,
que al pasar por mi mano
recuerda el lance fortuito
de aquella otra mano,
que en el sedoso humus
esparce semillas, atisba crecientes
como quien deshoja un verso,
sobre una línea más fértil.
Nos sabemos entre iguales los mismos.
Somos de un lugar que siempre ha tenido el mismo nombre.

Nos reconoce el huerto
la misma brisa rosa nos apresura el sueño
y hasta la mañana la ha levantado
el canto cenizo del similar gallo,
pues miramos por el mismo ojo
la extensión de un paisaje con helechos
y presentimos por destino un vuelo de gaviotas en la tarde.

Soy el oído de su palabra
en mi canto reluce la plata viva de su voz
y esta extensión de sílabas contadas
es sólo otra parcela

para cultivar un mismo sentir
para atrapar el azar de los limones
pues somos el diverso tiempo
que desde una verde rama
y en una misma tierra
a veces ve el fruto, hacerse ilusión.